

Con tal que la indecencia apareciera bajo los encantos de lo antiguo, todo les estaba permitido á los escritores y á los poetas: Scalígero comentó obras de Museo secreto, como las Priapeas; Cujas había editado el satírico Petronio; en las poesías imitadas ú originales se ven reaparecer los atrevimientos de Marcial, de Cátulo y de Propertio; en las Odas y en los Sonetos de Ronsard, lo propio que en las «Gayetés» («Festivas») encontramos toda clase de impudores; y el éxito de los «Baisers» («Besos») de Juan Second es harto significativo. Pero en la inspiración de este sensualismo hay á veces una imaginación tan potente, un soplo tan ardiente, que todo parece arrastrado por la corriente de la sinceridad poética.

Algunos contemporáneos supieron resistir á esta resurrección del paganismo; así Enrique Estienne se irritaba al oír que los poetas hablaban de los Dioses, de la Fortuna, de la Suerte, de la Naturaleza, en vez de hablar de Dios, única Providencia y Creador único, y les censuraba por su sensualismo y por la enorme preponderancia que daban á la poesía amorosa; y de Beza escribía: «Mejor harían (los poetas) en cantar un cántico á Dios que en petrarquizar un soneto... ó imitar sin arte los furiosos poéticos al estilo antiguo.» Du Bartas declara que quiere escribir

«En honor del gran Dios  
versos que pueda leer la Virgen sin ruborizarse.»

Se indigna contra los poetas que vuelven á encender

«El impúdico calor que un pecho tierno  
abrigaba bajo el espesor de una vergonzosa ceniza,»

y que

«Bajo el cebo de sus escritos  
ocultan el veneno que las jóvenes inteligencias  
engullen á grandes tragos.»

Los que hablan así son reformados; pero otros hay también que se alarman y escandalizan.

La verdad es que las mismas costumbres eran muy libres y que la falta de pudor en ellas nacía tanto de la ingenuidad como de la corrupción. En la historia de los amores de Jacobo de Nemours y de la señorita de Rohán hay detalles (1) que demuestran un olvido, por decirlo así, inconsciente de todo escrúpulo de decencia. Brantome cita conversaciones sostenidas en plena corte, delante de la señora de Guisa madre, dama ilustre y muy virtuosa, que hoy sólo se sostendrían entre hombres y aun en el abandono de coloquios muy familiares; y los moralistas se lamentaban que se pronunciaran delante de señoritas frases que no respetaban su sexo ni su edad.

Es muy difícil averiguar hasta qué punto imperaba la corrupción en aquella sociedad, porque no es posible creer bajo su palabra á los escritores, cuyas obras en muchos casos sólo se refieren á excepciones. No

(1) Las entrevistas, muy tiernas, de los dos amantes se celebraron más de una vez en habitaciones en donde había criados y camareras. Véanse los detalles en de Ruble, *Le duc de Nemours et mademoiselle de Rohan* (1531-1592), 1885, pág. 82 y siguiente. Ayudas de cámara eran á menudo quienes ayudaban á levantarse de la cama y calzaban á las señoras; y una dama de calidad no reparaba en desnudarse y acostarse aun estando un caballero de visita en su cuarto.

puede aceptarse ciertamente todo lo que dice Brantome en sus «*Dames galantes*» («*Damas galantes*»), en donde encontramos reproducidas viejas anécdotas ó narradas historias escandalosas, hijas sólo de la fantasía del autor, quien les ponía nombres propios para que fueran más picantes. Es menester no conservar toda la impresión que de tales narraciones se desprende, pero sí guardar algo de ella. Ya hemos visto los ejemplos que habían dado Francisco I y su corte; pues lo mismo encontramos en Enrique II y sus sucesores. Y, sin embargo, entre los Montmorency, entre los Guisa, entre los Borbones y entre los personajes de condición elevada, hay hogares honestos y bastante unidos y una honrada vida de familia. En cuanto á la clase media, ocupaba su existencia, según parece, en la práctica diaria de los deberes profesionales. Podríamos, pues, deducir de todo ello, que en esa pasión de los artistas y de los escritores por el amor sensual ó en esa afectación de libertinaje, hay tanta imaginación ó imitación como expresión de la realidad, y que una parte de la inspiración amorosa procede de Italia ó de la antigüedad.

No obstante, es cierto que la literatura y el arte fueron cada vez más profanos gracias al contacto con la corte. En tiempo de Enrique II y de Carlos IX no hay una sola obra importante que sea de inspiración religiosa; y los escritores y los artistas reflejan la sociedad en que vivieron y á la cual gustaron por su afán en buscar la elegancia y la bondad refinada, por su ingeniosidad algo sutil, por todo lo que sus obras tienen de brillantes.

### III.—Condición de los artistas y de los escritores

En este medio social, impregnado de la afición á las cosas de la inteligencia, la literatura no es un oficio, una profesión clasificada: Ronsard, du Bellay, du Bartas, eran nobles; Montaigne, de familia rica; y muchos magistrados y miembros del alto clero cultivaron la poesía como un pasatiempo aristocrático. Por otra parte, ¿no habían por ventura encomiado los antiguos los encantos del comercio con las Musas y los goces de los entretenimientos intelectuales para los hombres públicos? Los orígenes oscuros se encuentran más bien entre los profesores ó los puros eruditos. Además, un gran número de hombres ejercieron una profesión pública ó privada, siendo al mismo tiempo sabios, escritores y poetas: Estienne Pasquier ejerció de abogado hasta el fin de su vida; Enrique Estienne II ejerció su oficio de impresor, sin dejar por ello de escribir multitud de obras; y Escévola de Sainte-Marthe fué contralor general de hacienda en Poitiers y presidente de los Tesoreros de Francia, lo que no le impidió publicar poesías latinas y francesas que le conquistaron el nombre de «Gran Escévola».

Por lo demás, la literatura no era lucrativa y los que á ella se dedicaban, si no tenían oficio ó fortuna, veíanse precisados á recurrir á la munificencia de los reyes, de los grandes señores ó de los miembros del alto clero; así Ronsard recibió algunas abadías en encomienda, y du Bellay vivió gracias á su tío el cardenal.

La condición de los artistas siguió transformándose, aunque con bastante lentitud. La corporación de pintores y estamperos no desapareció y sus estatutos fueron confirmados por la gran ordenanza de 1581 sobre

los oficios. Un gran número de escultores y pintores continuaron siendo gente de oficio, ó cuando menos pasaron por el ejercicio de éste al principio de su carrera: Juan Goujón era calificado de «picapedrero y albañil» en 1541, y de «tallista de imágenes» en 1543; Pedro Bontemps era «maestro escultor y ciudadano de París»; y Germán Pilón comenzó siendo «maestro estampero.» Pero á medida que adquirían reputación rompían las ataduras que con las corporaciones les unían y que, por otra parte, hasta 1581 no fueron muy fuertes (1), ora entrando en el servicio del rey ó de los señores, ora tal vez recibiendo letras de maestría. Muchos de ellos, sin embargo, conservaron un taller en donde hacían trabajos por contrata. La costumbre que se observa todavía en muchos casos de redactar ante notario un presupuesto detallado antes de emprender la ejecución de una obra de arte es un resto de los usos profesionales de la Edad media; sin embargo, vemos aparecer cada vez más las palabras «escultor» y «arquitecto (2),» nombres nuevos que indican una nueva situación. Además, los títulos honoríficos otorgados á los artistas van siendo de un orden más elevado, y los que al arte se dedican salen de la domesticidad del rey, que por honrosa que fuera no dejaba de ser domesticidad, para ingresar en la alta administración (3). El cargo de ayuda de cámara del rey lo desempeñaba todavía el pintor Francisco Clouet, á cuya muerte fué transferido á su sucesor en la corte; pero Filiberto de l'Orme, al mismo tiempo que abad comendatario de ricas abadías, fué director de los edificios reales y Consejero del rey, y Germán Pilón director de las monedas y medallas. Por la misma época encontramos entre los arquitectos á Pedro Lescot, señor de Lissy, hijo de un preboste de los mercaderes de París; de esta suerte al lado del carácter hereditario del oficio aparecerá la vocación artística (4).

Los artistas se revelaron también por la idea que tenían formada y que procuraban dar de su profesión y por el carácter ideal que atribuían al arte. Filiberto de l'Orme pone gran cuidado en distinguir el arquitecto del contratista de trabajos inferiores: el arquitecto ha de ser un sabio, un pensador, y es con relación al que lo emplea una especie de consejero artístico y no un hombre de oficio á sueldo suyo. Este concepto entraña, por consiguiente, la idea completamente nueva en Francia de la dignidad del arte que no tiene otra obligación que realizar lo bello.

### IV.—Los centros intelectuales

Al comenzar el reinado de Enrique II, las provincias aun tenían vida propia. En Lyon se agrupaban Guillermo y Mauricio Sceve y los poetas del cenáculo de Luisa Labbé; y allí estaban hacia el 1555 Antonio de Baif, Jacobo Peletier, Pontus de Tyard y con ellos

(1) Véase pág. 201.

(2) Roberto Estienne todavía traduce *architectus* por *maestro albañil*; pero en una traducción de la *Arquitectura* de Serlio (1551) el traductor emplea la palabra *arquitecto*.

(3) Véase pág. 222.

(4) Otro ejemplo curioso es el de Pedro Bucher, profesor de derecho, procurador general en el parlamento de Grenoble y arquitecto y escultor (en el Museo de Grenoble se conserva un bajo relieve suyo) *Reunions des Sociétés des Beaux Arts des Départements*, 1889, págs. 610 y 619.

algunos italianos ó impresores eruditos, como Juan de Tournes I, cuyo nombre encontramos en tantos libros (5). En Poitiers había el humanista Muret, Jacobo Tahureau, Salmón Macrín, Escévola de Sainte-Marthe y Vaquelin de la Fresnaye; y Burdeos tenía también su pequeño cenáculo.

Por otra parte, Lyon tuvo sus artistas: pintores, escultores y arquitectos; Tolosa conservaba una escuela de arquitectura bastante particularista; Dijón, Ruán y Troyes no habían perdido todavía su actividad artística, tan potente en el siglo xv y en la primera mitad



Ronsard

del xvi; Limoges tenía sus esmaltadores y la región del Oeste sus «alfareros.» En gran número de ciudades, los maestros de obras y los albañiles se perpetuaban á menudo de padres á hijos, que continuaban las tradiciones del arte local combinadas con la nueva pedagogía y por quienes fueron construídos ó transformados la mayoría de los edificios eclesiásticos y hasta municipales. Además, la importancia que conservaban aún los patrimonios señoriales y la afición persistente de la generación del siglo xvi á la vida del campo, explican que hayan de buscarse no en París, sino en las provincias, algunas de las más bellas obras de arte de la época, como castillos, palacios y sepulcros.

Sin embargo, París y la corte fueron cada día más los centros de atracción ó de impulsión; allí se decidieron las grandes reputaciones, allí tomaron las teorías su forma definitiva; allí fué más activa la producción. En primer lugar, había en París el Colegio Real, y si bien el papel de éste nunca fué tan brillante como en el momento en que revelaba á Francia la antigüedad, descubierta casi de repente, quedó enfrente de la Universidad el seminario de los estudios nuevos. En París, en vez de un cenáculo, como en las provincias, había un público, y así los asistentes á los cursos de Ramus y de Postel y á las lecciones de Bernardo Palissy, se contaban por centenares. De esta actividad del foco parisiense nació la potencia del pequeño grupo que forma-

(5) Seb. Charlety, *Bibliographie critique de l'Histoire de Lyon depuis les origines jusqu'à 1789*, cap. IV, 1902.



ron Antonio de Baif, Ronsard y du Bellay bajo la dirección del erudito y poeta Juan Daurat y que se denominó *Brigada*, entre 1549 y 1552, nombre que en 1556 fué substituído por el de Pléyade cuando el grupo tuvo siete adeptos.

El espíritu académico que ya en germen existía en la Pléyade se desarrolló muy pronto, á imitación de Italia y aun de la antigüedad. En 1570, el literato Antonio de Baif, en unión de un músico llamado Courville, fundó una primera academia (1), consagrada á la música, al mismo tiempo que á la poesía. Esta academia tenía estatutos, se componía de miembros activos y de simples oyentes (2) y obtuvo privilegios de Carlos IX, que se declaró su «protector.» Fué la predecesora de las futuras academias del siglo xvii y aun tomó en un principio el nombre de «Academia Francesa;» y se renovó y reconstituyó en 1576. Sus miembros eran elegidos entre los poetas y los sabios y hasta entre los magistrados, los individuos del clero rico y los nobles de la corte, habiendo entrado á formar parte de ella Ronsard, Desportes, du Perrón y Guido du Faur de Pi-brac. El rey Enrique III que, como su hermano, había adoptado el nombre de protector de la Academia, «escogió á los hombres más doctos de su reino para aprender con menos trabajo las buenas letras con sus raros discursos enriquecidos con las cosas más bellas que pueden buscarse en un tema y que habían de hacer por turno.» Se han encontrado algunas de estas arengas, casi todas las cuales fueron pronunciadas en presencia de Enrique III.

### CAPITULO III

#### FORMACIÓN Y DIRECCIÓN DE LAS INTELIGENCIAS (3)

I. La enseñanza y la educación. — II. La doctrina estética. — III. Influencias extranjeras: Italia. — IV. La obsesión de la antigüedad. — V. La reacción contra el humanismo.

#### I.—La enseñanza y la educación (4)

Los numerosos ensayos de reformas pedidos ó realizados en las Universidades, durante el siglo xvi tuvie-

(1) Ed. Fremy, *L'Académie des derniers Valois*, 1570-1585, 1887.

(2) Los oyentes eran pasivos y se limitaban á fomentar la institución por medio de cuotas, pero tenían el privilegio de oír cada domingo á los músicos «cantar dos horas de reloj.»

(3) Respecto de los capítulos III y IV, consúltense: *Histoire de la langue et de la littérature française* publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, tomo III, 1897; Lanson, *Histoire de la littérature française*, octava edición, 1903; Brunetiere, *Manuel de l'histoire de la littérature française*, 1898; Darmsteter y Hatzfeld, *Le XVI<sup>e</sup> siècle en France, Tableau de la littérature et de la langue, suivi d'un recueil de morceaux choisis*, segunda ed., 1883; Sainte-Beuve, *Tableau historique et critique de la poésie française et du théâtre français au XVI<sup>e</sup> siècle*, primera ed. en 1828; Faguet, *Seizième siècle, études littéraires*, 1893; *Revue de l'histoire littéraire de la France*, que se publica desde 1894; *Revue de la Renaissance*, desde 1901.

Las indicaciones bibliográficas y las principales ediciones de los autores se encontrarán en la *Histoire de la langue et de la littérature française*, de Lanson; en la *Revue d'histoire littéraire* en Briere y Caron, *Répertoire méthodique de l'histoire moderne et contemporaine*, año 1901. De algunos años á esta parte se han escrito un gran número de trabajos (casi todos tesis de Facultad), que han renovado en gran parte la historia literaria de la segunda mitad del siglo xvi, y que citaremos en los lugares correspondientes.

(4) Quicherat, *Histoire de Sainte-Barbe*, tomo II, 1862; Gau-

ron por objeto tanto la organización como la pedagogía de las mismas.

Los Estados celebrados en Orleáns en 1560-1561 reclamaron la reforma de la Universidad y para prepararla se nombró una comisión de la que formaban parte Ramus, Danés y Galland, el primero de los cuales hizo imprimir en 1562 (sin firma) los *«Avertissements sur la reforme de l'Université de Paris au Roy»* («Advertencias al Rey sobre la reforma de la Universidad de París»).

En este trabajo hacía constar Ramus la deficiencia de la enseñanza de la filosofía que contrastaba con la de la retórica y la gramática, las cuales habían seguido el progreso de las ideas; lamentábase de que la facultad de Derecho concediera tan poco tiempo al derecho civil, de que la teología estuviera tan atrasada y de que se prescindiera del estudio del hebreo en el Antiguo Testamento y del griego en el Nuevo; proponía que se dividieran más concretamente los cursos, señalando á los colegios la gramática, la retórica y la lógica, y á las facultades la filosofía (combinada sin duda con la literatura, las matemáticas, la teología, el derecho y la medicina; y protestaba contra el espacio enorme concedido á los ejercicios de pura argumentación y de discusión controversista.

Censuraba el número desmedido de profesores y las exigencias pecuniarias. Así, por ejemplo, la medicina sólo se enseñaba en cursos particulares y de págo; y el médico Dubois era famoso por el gran auditorio de alumnos que tenía, pero también porque exigía una crecida remuneración. Ramus proponía que los profesores, reducidos á un número menor, fuesen pagados por el Estado y dieran enseñanza gratuita. Más adelante reprodujo algunas de sus ideas aplicándolas al Colegio Real. En 1566 obtuvo letras patentes en las cuales se declaraba que «cuando vaque una plaza cualquiera de nuestros profesores, sea de la lengua que fuere, se hará saber en todas las Universidades famosas y en otros lugares, y que los que quieran presentarse y someterse á la controversia y lectura de la cátedra vacante, tal como les sea propuesto por el decano y otros profesores, será admitido en aquéllas (5).»

frés, *Claude Baudel et la reforme des études au XVI<sup>e</sup> siècle*, 1880; A. Lefranc, *Histoire du Collège de France*, 1893; Donarce, *L'Université de Paris et les Jésuites*, 1888; Du Boulay, *Historia Universitatis parisiensis*, tomo VI, 1673; Jourdain, *Index Chararum pertinentium ad historiam Universitatis parisiensis*, dos vol., 1856; *Répertoire des ouvrages pédagogiques du XVI<sup>e</sup> siècle* (Memoires et documents publiés par le Musée pédagogique, fasc. 3), 1886.

(5) Un decreto del Parlamento relativo á la facultad de *Décrot* (facultad de Derecho) había mandado, en 1553, que se celebrara un concurso entre los candidatos á las cátedras, y un anuncio de 1545 demuestra que se publicaban todas las vacantes; el concurso se abría al cabo de un mes y los candidatos argumentaban en presencia de miembros de la facultad y del Parlamento.

En la segunda mitad del siglo, los profesores del Colegio Real cuya memoria se ha conservado por un título ú otro, fueron: de griego, Turnebe (1547-1565), Daurat (1559-1588), Lambin, (1561-1572) y L. Le Roy (1572-1577); de hebreo, Restand de Caligny (hacia 1543-1565) y de Cinqvarbes (1554-1587); de latín, Galland (1545-1559), Leger Duchesne (1565-1586) y Passerat (1572-1601); de matemáticas, Forcadel (1560-1574) y Charpentier (1566-1574); de medicina, J. Dubois (1550-1555) y Akakia (1574-1588); y de filosofía, Vicomercato (1542-1567) y Ramus (1551-1572). Véase Lefranc, *obra citada*.

En la enseñanza que corresponde á la que hoy llamamos segunda enseñanza, resulta difícil determinar el curso normal de las cosas, primero porque no había uniformidad y segundo porque muchos alumnos estudiaban á la vez en un colegio y en una universidad. El programa que regía en el colegio de Guiena, en Burdeos, cuando en él entró Montaigne en 1539, era el siguiente: en las clases séptima, sexta y quinta se explicaban las «Epístolas» de Cicerón; se comentaba la gramática latina de Despautere, dividida en rudimento, gramática, sintaxis, prosodia, figuras y tropos; y se hacían ejercicios latinos. En la cuarta se explicaba á Cicerón, Terencio y Ovidio y se continuaba el tema latino; en la tercera, autores latinos y versos latinos; en la segunda, latín é historia; y en la retórica, latín y estudio del arte oratorio. En el programa apenas entraban las matemáticas; el francés sólo se enseñaba por medio del latín, que ocupaba los siete años; y el griego ocupaba en él un pequeño espacio, pero los alumnos lo aprendían en la universidad. A estos trabajos pedagógicos se unían ejercicios literarios más libres, y en determinadas fiestas, los estudiantes declamaban en latín delante de un público de parientes y notables, representaban tragedias y comedias latinas, y á veces las componían ellos mismos ó para ellos las escribían expresamente sus maestros.

El régimen material de los colegios no parece haber cambiado desde el siglo xv: Montaigne habla todavía de «gritos de niños atormentados» y de «manos armadas de látigos;» protesta contra «las letras y las sílabas que llegan á convertirse en la substancia,» contra el embutido y contra tantos comentarios estériles sobre comentarios; y hace observar que «en muchas ocasiones los hombres formados defraudan las esperanzas que habían hecho concebir cuando eran niños.» «He oído decir á gentes de entendimiento que esos colegios adonde se les envía, y de los cuales hay abundancia, los embrutecen de este modo.» El poeta Grevin escribe á propósito de los colegiales:

«¡Cuántas veces te despertarás,  
antes de que un nuevo día entre en tu cortina  
gracias al aguijón de un grueso gusano!»

No es esto mejor que la paja y el lodo de la calle del Fouarre.

Estas deficiencias estaban compensadas por un afán de trabajar y una pasión de aprender que dominaban lo mismo á los maestros que á los discípulos. Enrique de Mesmes, que fué uno de los grandes magistrados del siglo xvi, refiere en los siguientes términos los recuerdos de su juventud y da muestra de una amplia instrucción que fué la del promedio de los hombres de letras:

«A las cuatro estábamos levantados y, después de haber rezado, íbamos á las cinco á las clases. Oíamos todas las lecciones hasta las diez dadas sin descanso alguno; luego comíamos, después de haber revisado apresuradamente durante media hora lo que habíamos escrito de las lecciones. Después de comer, leíamos, á modo de juego, á Sófocles ó á Aristófanes ó á Eurípides, y á veces á Demóstenes, á Cicerón, á Virgilio... A la una, á las clases; á las cinco, á nuestros cuartos á repasar y á ver en los libros los pasajes citados, hasta

las seis; luego cenábamos y leíamos en griego y en latín.»

Merced á este régimen, de Mesmes había acabado por saber á Homero de cabo á rabo.

Los hijos de los nobles y de las familias ricas de la clase media recibían con frecuencia la primera instrucción en la casa paterna, bajo la dirección de un preceptor francés ó extranjero; el de Montaigne era un alemán. Algunos profesores también tenían en su casa una especie de pensionado familiar; así Toussain, uno de los lectores reales, recibía en la suya á jóvenes lle-



Montaigne

gados de provincias. Joaquín du Bellay dice: «Allí estaban los de Beaume..., allí vierais á Robertet. Allí pasé yo cuatro años confeccionando mi caudal de griego y de latín.» Daurat tuvo en su casa, hasta su muerte, á algunos estudiantes ricos.

Por otra parte, los estudiantes no cursaban en una sola universidad. Esteban Pasquier, para no citar más que un ejemplo, estudió en Bourges, en Tolosa y en Avignón, sin contar París. Tampoco era cosa rara que los jóvenes frecuentaran las universidades de Italia ó de Alemania, adonde iban hasta los hidalgos para seguir los cursos á la vez que para ver mundo: Brantome estuvo en ellas dos años. Los profesores eran casi tan nómadas como los estudiantes: Turnebe enseñó en París (en Santa Bárbara y en el colegio de La Marche), en Tolosa, desde 1545 á 1547, y luego otra vez en París, en el Colegio Real; el gran jurisconsulto Cujas pasó de Tolosa á Bourges, á Valence y á París; y otro profesor de derecho, Baudouin, estuvo sucesivamente en las universidades de Bourges, de Estrasburgo, de Heidelberg, de Douai y de Angers.

No era costumbre seguir estudios especiales, sino que todos los estudiantes aspiraban á abarcar la universalidad de los conocimientos. Más adelante veremos la instrucción que recibieron Ronsard, los poetas de la Pléyade y du Bartas. El sabio José Escaligero, á la edad